

«YO SOY EL BUEN PASTOR»

En aquel tiempo —oráculo del Señor— seré el Dios de todas las tribus de Israel, y ellas serán mi pueblo. Esto dice el Señor: Encontró mi favor en el desierto | el pueblo que escapó de la espada; | Israel camina a su descanso. El Señor se le apareció de lejos: | Con amor eterno te amé, | por eso prolongué mi misericordia para contigo. Te construiré, serás reconstruida, | doncella capital de Israel; | volverás a llevar tus adornos, | bailarás entre corros de fiesta. Volverás a plantar viñas | allá por los montes de Samaría; | las plantarán y vendimiarán. «Es de día» gritarán los centinelas | arriba, en la montaña de Efraín: | «En marcha, vayamos a Sión, | donde está el Señor nuestro Dios». Porque esto dice el Señor: | «Gritad de alegría por Jacob, | regocijaos por la flor de los pueblos; | proclamad, alabad y decid: | ¡El Señor ha salvado a su pueblo, | ha salvado al resto de Israel! Los traeré del país del norte, | los reuniré de los confines de la tierra. | Entre ellos habrá ciegos y cojos, | lo mismo preñadas que paridas: | volverá una enorme multitud. Vendrán todos llorando | y yo los guiaré entre consuelos; | los llevaré a torrentes de agua, | por camino llano, sin tropiezos. | Seré un padre para Israel, | Efraín será mi primogénito». Escuchad, pueblos, la palabra del Señor, | anunciadla en las islas remotas: | **«El que dispersó a Israel lo reunirá, | lo guardará como un pastor a su rebaño;** porque el Señor redimió a Jacob, | lo rescató de una mano más fuerte». (Jer 31, 11)

La figura del pastor atraviesa toda la Escritura Santo y ha servido, sobre todo en tiempos de la cristiandad, para modelar la existencia sacerdotal. Entiendo por ello que estamos, si no me equivoco, ante una dimensión importante, quizás pueda decirse constituyente, del carisma y espiritualidad de las «Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote».

En un mundo secular, plural y complejo como el nuestro, la Iglesia, que está saliendo del tiempo de la cristiandad, no puede dejar de ahondar en el sentido del pastor mesiánico, tal como se desprende de la historia de la salvación. Es una condición para que el pueblo sacerdotal, el ministerio sacerdotal y, por ello mismo, las Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote, cultivemos, en el Espíritu de la verdad y novedad, nuestra vocación y misión.

Es evidente que en una meditación, como la que voy a presentar, estoy obligado a ceñirme a unos breves puntos para animar vuestra oración y búsqueda de hoy y quizás de los días que vengan. Para abordar el tema en toda su amplitud se necesitarían muchas horas y personas más competentes que yo. Con sencillez, y como servicio, presentaré brevemente, en un primer momento, cómo Israel canta a Yahvé como su verdadero pastor. El salmista ve a Dios como su pastor y anfitrión, por ello proclama el salmista: «El Señor es mi pastor, nada me falta» (Sal 23 [22]) En un segundo momento, evocaré cómo Jesús es el cumplimiento de la promesa de Dios, pues se comprometió a darnos un pastor según su corazón (cf. Ex 34; Jer 3, 14-16). Luego trataré de sacar algunas conclusiones para cultivar el don de la vocación y misión que Dios nos ha regalado.

Antes de adentrarme en la presentación de este puntos, quiero recordar el camino que sigo en esta cómo en las demás meditaciones. Es muy importante que demos prioridad al «kerigma» sobre la «imitación», a fin que la acción nazca de la contemplación y la acción lleve a la contemplación. Estamos en la economía de la gracia y no en la economía de la ley. Es conveniente decírnoslo, una y otra vez, la verdadera creatividad del Espíritu no es obra de la razón, sino de la gracia que Dios da a quienes contemplan y escuchan. El profeta no hable de él mismo, sino que está al servicio de la Palabra. El Señor pone sus palabras en los labios de quien eligió para servir a su pueblo (cf. Hb 1, 1-2)

I.- «EL SEÑOR ES MI PASTOR»

Al acercarse a la Palabra de Dios, tal como se ha plasmado en las Escrituras, no podemos olvidar las raíces de la cultura seminómada. Israel es el rebaño de Dios y Yahvé es su verdadero pastor. El drama de Israel consiste en querer avanzar por su cuenta, al margen del Pastor. Un rebaño sin pastor termina en la dispersión y la ruina. Moisés, ante la inminencia de su partida, «dijo al Señor: Que el Señor, Dios de los espíritus de todo viviente, ponga un hombre al frente de esta comunidad, uno que salga y entre al frente de ellos y los conduzca en sus entradas y salidas, para que no quede la comunidad del Señor como rebaño sin pastor» (Num 27, 15-17). En el evangelio según san Mateo, Jesús se lamenta que el pueblo ande como ovejas sin pastor: «Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, “como ovejas que no tienen pastor”» (Mt 9, 36). Pero contemplemos ahora los rasgos de Yahvé como pastor de su pueblo, tal como la fe y oración de Israel los proclama y canta.

Israel reconoce a Yahvé, ante todo, como su Pastor, ya que lo liberó de la esclavitud de Egipto, mediante un pastor, Moisés. Él llamó a Moisés mientras conducía el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián, para liberar al pueblo de la esclavitud y lo condujera a la alianza y a la tierra prometida como el rebaño del Dios del cielo y de la tierra.

La misión del pastor humano es estar al servicio de la acción liberadora del Pastor verdadero. En modo alguno, por tanto, puede apropiarse del rebaño. Es un instrumento al servicio del designio del Señor, a quien pertenece en propiedad el rebaño. Pablo decía a los presbíteros de Éfeso: la Iglesia es la propiedad de Dios, pues él se la adquirió con su propia sangre (cf. Hch 20, 28). El sacerdote, como pastor, es un servidor de Dios para llevar a cabo a los hombres y mujeres a la libertad, a la alianza y a la tierra prometida. He aquí lo que debemos contemplar, para poner al pueblo en camino hacia la alianza y la tierra de la libertad. Pero no lo olvidemos, Israel siempre tuvo la tentación de buscar otros pastores, de andar por caminos fuera de la alianza de amor.

Hoy, aunque un poco menos, se sigue hablando de la espiritualidad del éxodo, del camino hacia la libertad; pero no lo olvidemos: el verdadero Pastor no es otro que el mismo Dios. Y esto supone que el pueblo avance y camine bajo su cayado y a la luz de la alianza. Ahora bien, como sabemos, el pueblo siempre tuvo la tentación de volver a las seguridades de Egipto, en lugar de arriesgarse por el desierto y la provisionalidad hacia la meta. Hoy, como ayer, nuestra gran tentación es o bien buscar seguridades o bien querer darnos a nosotros mismos la libertad.

Los profetas de la alianza, por su parte, no cesarán de alzar la voz, para recordar al pueblo que no hay más pastor y rey que Yahvé. David, el pastor, fue elegido rey por Dios para dar prosperidad y paz a su pueblo de la alianza; pero Yahvé seguía siendo el verdadero Pastor y rey de su pueblo. Por ello el pastor y rey debía caminar en la dependencia del Señor y velar para que el pueblo camine en libertad y paz. Pero la tentación y el pecado de David, consistió en suplantar en ocasiones a Yahvé y actuar como si el pueblo le perteneciera. Su pecado fue un menospreciar a Yahvé, suplantándolo, como sucedió en apropiarse de la mujer de Urías y matando a este (2S 11-12), y también en el hecho del censo, como si el pueblo fuera propiedad suya (2S 24, 1-17). El pecado de David, el elegido por Dios, radica en suplantar, consciente o inconscientemente a Dios, en situarse como señor y no como servidor del pueblo de Yahvé. Él es el Pastor y el Rey. La tentación y pecado de David nos acecha a los «pastores» en la Iglesia, pues nos comportamos en ocasiones como señores.

Otro momento decisivo para comprender el sentido del Pastor, es la experiencia del Exilio, a la que hoy se está más atento, que hace unos años; pero que no siempre, a mi juicio, se medita en su totalidad.

Los profetas claman, en primer lugar, porque el pueblo se reveló contra Dios y corrió detrás de falsos dioses. La idolatría y la injusticia golpearon al pueblo de la alianza, ya que el Señor decidió dejar por un momento al pueblo a su propia suerte. Rechazado, el Pastor dolorido se retira y deja su rebaño en manos de falsos pastores. Y Dios permitió o «estableció», como lo expresa el profeta Zacarías, la presencia de un mal pastor, el cual se servía del rebaño en lugar de servirlo en verdad y santidad.

Me dijo el Señor: «Toma también los aparejos de un mal pastor, pues establezco un pastor en el país que no se ocupará de la oveja extraviada, ni buscará a la perdida, ni curará a la maltrecha, ni se preocupará de la sana, sino que se comerá la carne de las gordas y les arrancará las pezuñas». ¡Ay del pastor inútil que pierde las ovejas! La espada le alcanzará el brazo y hasta el ojo derecho; se le secará totalmente el brazo, y el ojo derecho se le cegará. (Zac 11, 15-17)

Los malos pastores, aunque permanezcan bajo del control del verdadero Pastor, hacen que el pueblo se disperse, que los pobres sean aplastados y explotados, pues solo se ocupan de ellos mismos. En su «cólera», el Dios celoso, se retira y deja que el pueblo experimente qué significa rechazarlo, para correr tras otros dioses, bajo la guía de falsos pastores. La injusticia es la consecuencia de la idolatría. La carta a los colosenses recuerda que la codicia y la avaricia es una idolatría (cf. Col 3, 5). Pero esto no siempre se tiene presente cuando un pueblo vive de espaldas a Dios. Cuando la codicia y la avaricia anida en el corazón de los ricos, de las clases medias y de los mismos pobres, la injusticia y la corrupción fluyen en todas sus formas. Pues bien, Dios opta, si así se puede hablar, retirarse. Así dejó marchar al hijo pródigo, para que hiciera la experiencia que no hay libertad fuera de la casa paterna (cf. Lc 15).

Pero hay un segundo momento. Las entrañas maternas de Dios no soportan que sus hijos se pierdan diseminados por los pueblos poderosos, que sean realmente esclavos. Y a pesar de la apostasía y de su querencia a la apostasía, Dios se pone en camino para buscar a las ovejas dispersas (cf. Os 11). Yahvé es el verdadero pastor, el que se pone en búsqueda de las ovejas que yacen prisioneras en los diferentes apriscos para llevarlas de nuevo a la patria de la libertad (cf. Ez 34). Solo el amor le mueve. Así hace y crea justicia, pues su fidelidad es para siempre. Al pastor según Dios le mueve el amor y la fidelidad y nada más.

Si avanzamos en la reflexión, los profetas de la alianza ponen de relieve un tercer elemento de capital importancia. Dios, por amor a su nombre y no por los méritos de las ovejas, suscitará un nuevo y definitivo pastor, un nuevo David. Este será el verdadero pastor mesiánico (cf. Ez 34). Jeremías, por su parte, comunica la voluntad de Dios de dar al pueblo apostata pastores según su corazón. En efecto, Dios sigue siendo el dueño del pueblo que él se adquirió y no quiere abandonarlo a su suerte. Es de capital importancia releer la promesa de Dios en Jeremías y Ezequiel:

Volved, hijos apóstatas —oráculo del Señor—, que yo soy vuestro dueño. Os iré reuniendo a uno de cada ciudad, a dos de cada tribu, y os traeré a Sión. Os daré pastores, según mi corazón, que os apacienten con ciencia y experiencia. Os multiplicaréis y creceréis en el país. Y en aquellos días —oráculo del Señor— ya no se hablará del Arca de la Alianza del Señor: no se recordará ni se mencionará; nadie la echará de menos, ni se volverá a construir otra. (Jer 3, 14-16)

Pero yo defenderé mi rebaño y no será ya objeto de pillaje. Yo juzgaré entre oveja y oveja. Suscitaré un único pastor que las apaciente: mi siervo David; él las apacentará, él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David, príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, he hablado. Estableceré con mi rebaño una alianza de paz: exterminaré los animales dañinos de la tierra para que pueda habitar seguro en el desierto y dormir en los bosques. De bosques y desiertos en torno a mi montaña haré una bendición. Enviaré la lluvia a su tiempo, lluvia de bendición. El árbol del campo dará su fruto, y la tierra su cosecha. Estarán seguros en su tierra, y reconocerán que yo soy el Señor, cuando rompa las coyundas de su yugo y los libre del poder de quienes lo esclavizan. No volverán a ser presa de las naciones, ni los devorarán las bestias salvajes; habitarán seguros, sin temores. Para ellos crecerán plantaciones renombradas: nunca más serán consumidos por el hambre en esta tierra, ni tendrán que soportar la burla de otros pueblos, y reconocerán que yo, el Señor, soy su Dios, y que ellos, la casa de Israel, son mi pueblo —oráculo del Señor Dios—. Vosotros sois mi rebaño, las ovejas que yo apaciento, y yo soy vuestro Dios —oráculo del Señor Dios—. (Ez 34, 22-31)

Estas promesas alcanzan su realización en la novedad en Cristo Jesús. Dios quiere seguir siendo el pastor de su pueblo en y por su Hijo enviado en la carne pobre y humilde. Las promesas de Dios no se cumplen reeditando el pasado, sino abriendo a una novedad insospechada y maravillosa. Es muy importante tenerlo en cuenta. Escuchemos, una vez más, esta palabra del Señor en labios del profeta: «Vosotros sois mi rebaño, las ovejas que yo apaciento, y yo soy vuestro Dios». He aquí nuestra identidad y nuestra esperanza. Dios es nuestro pastor.

II.- JESÚS, EL PASTOR MESIÁNICO

En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños». Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las roba y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor. Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre». (Jn 10, 1-18)

Jesús se ha presentado a sí mismo como el Buen Pastor, como el que lleva a cumplimiento las promesas de Dios, pero con una sorprendente novedad. He aquí algunos aspectos de esa novedad, tal como los evangelios lo recuerdan.

El evangelista Mateo, ante la pregunta de los Magos a Herodes, sobre «dónde tenía que nacer el Mesías», los sumos sacerdotes y los escribas del país contestaron:

«En Belén de Judea, porque así lo ha escrito el profeta: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las poblaciones de Judá, pues de ti saldrá un jefe que pastoreará a mi pueblo Israel”». (Mt 2, 5-6)

Jesús es el Jefe, el Pastor, que se conmovió en sus entrañas, y lleno de compasión, se puso al servicio del pueblo que andaba como ovejas sin pastor.

Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor». Entonces dice a sus discípulos: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies». (Mt 9, 36-38) «Al desembarcar, Jesús vio una multitud y compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas.» (Mc 6, 34)

Estos textos nos reenvían, a mi entender, a la oración que hiciera Moisés al Señor:

Que el Señor, Dios de los espíritus de todo viviente, ponga un hombre al frente de esta comunidad, uno que salga y entre al frente de ellos y que los conduzca en sus entradas y salidas, para que no quede la comunidad del Señor como rebaño sin pastor». (Num 27, 16s)

Un rebaño sin pastor tiende a disgregarse y a ser víctima de todos los lobos, esto es, de todos aquellos que buscan servirse del pueblo en lugar servirlo. Jesús es el Pastor que viene para que el pueblo de la alianza pueda andar en la libertad.

Jesús, además, se presenta ante los discípulos como el pastor anunciado por los profetas. En efecto, después de la cena pascual y de cantar los salmos de victoria al iniciar el camino hacia el monte de los Olivos, «Jesús les dijo: Esta noche os vais a escandalizar todos por mi causa, porque está escrito: “*Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño*”» (Mt 26, 31; Mc 14, 27; Zac 13, 7) . Él va libremente a pascual. Lo hace con la clara conciencia de estar llevando a cabo el designio del Padre. Jesús es el cumplimiento de las Escrituras y solo en esa luz podemos adentrarnos en su misterio.

Pero el evangelista Mateo, en la parábola del juicio final de las naciones, Jesús se presenta también como el pastor que separa las ovejas de las cabras. Él es el juez de vivos y muertos. Es muy importante no perder nunca de vista todas las dimensiones del misterio de Cristo Jesús, pues el Pastor es el Rey de los últimos tiempos.

«Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. (Mt 25, 31-32)

El Hijo del hombre venido en la humildad de la carne, vendrá como juez, pastor y rey de los pueblos. Es el príncipe anunciado por el profeta, pero transitará por nuestra historia bajo el signo de la pobreza y de la humildad. La primera carta de Pedro habla del «Pastor supremo», que ha de aparecer de nuevo (cf. 1P 5, 1-5). Pero veamos ahora cómo el evangelista Juan desarrolla el tema de Jesús, el Pastor bueno y bello.

Ante todo, Jesús es el Pastor que va en busca de las ovejas del Padre, para liberarlas. Él va a los apriscos donde se hallan prisioneras, las llama una por una y las saca hacia espacios dilatados de libertad y las lleva a pastos buenos. Los otros evangelistas se mueven en la misma línea, cuando afirman que va en busca de la oveja perdida, para cargar con ella y reintegrarla en el rebaño (cf. Lc 15, 3-7; Mt 18, 10-14). El Pastor, por tanto, debe conjugar

el cuidado de la oveja y su integración en el rebaño de Dios. No se sirve bien a las ovejas si no se les ayuda a integrarse en la comunidad. Es misión del Pastor mesiánico, de Cristo, formar un solo rebaño en torno a él.

Pablo, por su parte, dice lo mismo, pero a su propia expresión teológica. En la carta a los gálatas afirma: Cristo nos liberó para la libertad (Gal 5, 1). El pastor no aguarda a que las ovejas vengan a él, va él en su búsqueda. Este es el movimiento de la encarnación, el Dios de los cristianos es el Dios que ha entrado en la historia, para ser su pastor. Así nos lo recuerda el evangelio de la gracia, que la Iglesia apostólica no cesó de predicar. Los apóstoles no se contentaron predicaron el Evangelio y engendraban la comunidad del reino, la Iglesia.

El Pastor mesiánico, una vez que ha llamado a las ovejas, se pone al frente del rebaño para conducirlo a su patria definitiva, esto es, al Padre. No es como los malos pastores que buscan aprovecharse del rebaño y huyen cuando aparece el lobo. Jesús cuida de los suyos, los defiende, vela por ellos y no cesa de conducirlos al Padre, para que participen de su propia herencia. La misión de Jesús no se limitó a curar las heridas, vino para que los hombres tuviéramos vida en abundancia, la vida eterna, la misma vida de Dios. Vino a evangelizar a los pobres y no solo a solucionar algunos de sus problemas. Resucitado de entre los muertos, sigue reuniendo a los discípulos, a los hijos para que formen comunidad y den a conocer al mundo el Evangelio de reino realizado en su persona y pascua.

Jesús, por otra parte, nos dice que conoce a sus ovejas con el mismo conocimiento con que es conocido por el Padre. Esto quiere decir que conoce a las ovejas engendrándolas para la vida filial. Dios nos conoce haciéndonos existir. Jesús conoce a sus ovejas por su nombre, es decir, en su identidad y existencia. Las ovejas no son números, sino personas llamadas a existir en su dignidad.

La misión de Jesús no se limita a salvar a algunos. Vino al mundo con la misión de reunir a los hijos de Dios dispersos. Una misión que abarca la totalidad de la humanidad en el tiempo y en el espacio. Y para llevar adelante esta misión entregó su vida. El amor por el Padre y sus ovejas le llevó a despojarse libremente de su vida en favor de todos y cada uno de nosotros. Entregó su vida para darnos el Espíritu de santidad y comunión, a fin que fuéramos uno en él. He aquí un punto importante. Nunca ha de perderse de vista la edificación de la Iglesia, del rebaño de Dios, pues la misión del Pastor es congregar a los hijos dispersos. La misión de invitar al banquete del reino de Dios, esto es, de congregar en torno al Padre que nos llama es determinante en la existencia de los llamados a ser signos e instrumentos del Pastor mesiánico. Dios se ha adquirido la Iglesia con la sangre de su Hijo. ¿Admiramos y cultivamos el misterio de la Iglesia, sacramento universal de salvación? El Concilio Vaticano II nos recordó que Dios no ha querido salvarnos individualmente, sino como pueblo (LG 9).

Jesús nos invita a trabajar en su misión de pastor que busca liberar y reunir a las ovejas dispersas por las naciones. ¡Es la misión! Resulta muy significativa la afirmación de Jesús:

Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor.

El Resucitado, a través de los diferentes pastores (y todos los discípulos participan a su modo en esta misión), sigue llevando a cabo su obra de reunir a las ovejas dispersas, para formar un solo rebaño en torno a un solo Pastor. Es una dimensión decisiva de la vida pastoral, esto es, del hacer de los diferentes agentes pastorales.

Por último señalemos que el Pastor se da como comida y bebida de salvación, como viatico para el camino. El creyente escucha todos los días: «Tomad y comed» «Tomad y bebed». Y así los comensales quedamos incorporados como su Cuerpo en la historia. «Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro». (1Cor 12, 27)

III.- SER PASTORES EN CRISTO JESÚS

Con el salmista nos gozamos en que el Señor sea nuestro Pastor, de formar parte del pueblo de su propiedad, del rebaño que él se adquirió con su propia sangre, con la sangre de su Hijo. Es la buena noticia que debemos gustar y saborear en la contemplación. Es la verdad que nos hace caminar en la libertad y confianza en medio de las pruebas de la vida. Y de esto estamos llamados a dar testimonio con nuestro estilo de vida, con nuestra acción y con la palabra.

Pero al mismo tiempo, no podemos olvidar que Cristo quiere vivir su condición de pastor a través nuestro en medio de los hombres y culturas de nuestros días. Es toda la Iglesia la que está llamada a mostrar el rostro del buen Pastor en medio de un mundo que anda cansado y desconcertado, como ovejas, se puede decir, sin pastor. Muchos se presentan queriendo liderar las masas, pocos asumen la tarea de formar un verdadero pueblo en marcha hacia la libertad del amor, hacia una verdadera comunión en la diversidad.

Es toda la Iglesia, como bien sabemos, la que está llamada a ser profética, sacerdotal y real; y esto supone dejar que Cristo a través nuestro siga siendo el pastor de la muchedumbre que sigue caminando como ovejas sin pastor. No pensemos solo en los jóvenes, pensemos también en los adultos y mayores, pues unos y otros en nuestro mundo secular siguen cansados y abatidos. Con toda razón se ha hablado de la sociedad del cansancio, de una sociedad que avanza sin un rumbo fijo, que ha perdido de vista la meta. De ahí la existencia de una profunda frustración y vacío en tantas personas, sean ricas o pobres, sean cultas o incultas.

Según la carta a los Efesios el diseño de Dios es recapitular todo en Cristo (cf. Ef 1, 9-10). Y esto supone un compromiso del conjunto de todos, para que progreseemos juntos hasta la medida de Cristo en su plenitud, para realicemos la verdad en el amor:

Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud. Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor. (Ef 4, 11-16)

Ahora podemos preguntarnos: ¿Qué supone para nosotros, en medio de la secularidad, ser signos e instrumentos del Pastor bueno y bello? ¿Cómo ser realmente imitadores de Cristo, el Pastor mesiánico, de acuerdo con nuestra vocación y posibilidades? He aquí dos preguntas importantes para vivir la consagración en la secularidad. Cada uno debe enfrentarse a ellas y tratar de hacer un real discernimiento de lo que vive. Yo me permito ofrecer algunas orientaciones en este sentido.

Lo primero de todo es sumergirse en la contemplación del Señor como el verdadero y único Pastor. Todos los demás somos pastores en él y por él, esto es, en la medida que lo dejamos vivir y actuar en nosotros. En esta perspectiva, debemos pedir la gracia de ser uno en Cristo, que en ello consiste la verdadera mística. ¡Místicos inmersos en y a través de la secularidad! Así lo entendían los pioneros de los Institutos seculares.

De una manera precisa, necesitamos adentrarnos en la compasión de Jesús por las muchedumbres que andan como ovejas sin pastor. No se trata de un falso sentimentalismo ni del activismo en el que solemos caer.

La compasión de Jesús le llevó a enseñar y formar a las muchedumbres. Vino al mundo para dar a los que creyeran en él la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios. Cuando uno piensa en esto, descubre mejor en qué consiste la verdadera liberación de las personas. Y esto es lo propio de la acción pastoral, pues pastoral viene de pastor.

Para ello, Jesús, el Pastor, fue al encuentro de los que estaban presos en los diferentes apriscos, para convocarlos a la libertad y a la alianza del amor. ¡Cuántas veces nos limitamos a socorrer al indigente, pero descuidamos la acción propia del Pastor! Y sabemos, pues así nos lo dijo el propio Jesús, que solo la verdad, el amor y el servicio mutuos nos hacen libres. Jesús instruía para que las ovejas sin pastor caminasen en la libertad. Les dio luego de comer para que no desfalleciesen en el camino. No vino a resolver los problemas de la gente, sino a darnos la posibilidad de caminar libre y responsablemente, con dignidad y esperanza. Él no se arrugó ante la muchedumbre, la ponía en camino y le indicaba el camino a seguir. El Buen Pastor no tuvo miedo de quedarse solo. Era consciente que el grano de trigo tiene que morir para dar fruto.

Cuando no se es en Cristo buen pastor, por otra parte, ante el riesgo que comporta la presencia de los lobos que tratan de arruinar el rebaño de Dios, existe la tentación de retirarse, de huir y abandonar el rebaño a su suerte. En lugar de defender al rebaño, el pastor malo busca su propia seguridad. Es una gran tentación: ante la hostilidad de un mundo poderoso, los cristianos tendemos a retirarnos. El buen pastor permanece en la brecha ante Dios y ante los hombres. Es preciso velar, orar y trabajar, para hacer frente a cuantos tratan de arruinar el rebaño del Señor. Trabaja sin cesar para que de los llamados a ser hijos de Dios, aun cuando lo ignoren o se opongan a ello por el momento, no sean víctimas de los que buscan edificar el mundo a espaldas de Dios. La acción pastoral implica, por tanto, asumir el combate para recrear la fraternidad y comunión en la verdad de unos con otros. Y no se olvide que «los lobos» pueden surgir de la misma comunidad. Pensemos en lo que Pablo decía a los presbíteros de Éfeso en Mileto:

Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo. Yo sé que, cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces, que no

tendrán piedad del rebaño. Incluso de entre vosotros mismos surgirán algunos que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí. Por eso, estad alerta: acordaos de que durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular. Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construeros y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados. (Hch 20, 28-32)

La acción pastoral, por otra parte, exige también otro combate de la mayor importancia. El camino de la libertad es arriesgado y arduo, pues supone avanzar por el desierto, lugar de prueba. La tentación del pueblo es volver a las seguridades y a los ídolos. En comunión con el Pastor bueno, la acción pastoral del pueblo de Dios exige de nosotros una lucha permanente para mantener a la comunidad en camino hacia su futuro. Un futuro que nos ha sido prometido y dado ya en Cristo Jesús. Es la lucha para abrir un mundo cerrado y replegado sobre sí mismo, a la verdadera trascendencia, a la comunión con el Padre, que es muy diferente de la búsqueda de una «trascendencia autista», esto es, al margen de la alteridad. He aquí un gran desafío para la acción pastoral en la que debemos sentirnos todos implicados desde los diferentes carismas con los que Dios enriquece a su pueblo.

Si la acción pastoral, por una parte, debe brotar de una serena y profunda actitud de discernimiento, lo que supone escucha, silencio y contemplación, pues se trata de discernir la acción del Espíritu a fin de ser sus instrumentos; la intercesión por el mundo forma parte del ser sacerdotal del pueblo de Dios. En efecto, Cristo resucitado intercede de forma permanente por nosotros y es un privilegio el que podamos sumarnos a ella. En esta perspectiva conviene adentrarse en la intercesión de María. Esto supone estar atentos a las verdaderas necesidades de los hombres para que lleven a término su deseo de alianza y comunión: «No tienen vino». Por la intercesión, la madre, se vuelve hacia aquel que puede dar la respuesta adecuada. María no puede. Ella se limita a señalar la carencia, no pide lo que debe hacer. Y al mismo tiempo ruega a los criados que hagan lo que les diga su Hijo. He aquí el camino de una verdadera intercesión sacerdotal o pastoral, si se quiere.

El buen Pastor, como el Siervo de la parábola, enviado por el Padre, sale a los caminos y encrucijadas para invitar a todos al banquete del reino de Dios que ya se celebra de forma anticipada en la Eucaristía. La acción pastoral está mutilada si pierde de vista esta perspectiva. No basta con decir que hay que salir, es necesario, a mi entender, precisar bien para qué fue enviado el Hijo al mundo por el Padre. Los tiempos y modos de llevar la invitación del Señor al corazón de las personas, pueblos y culturas pueden ser muy diferentes, pero la acción pastoral queda trunca si no convoca al banquete del reino de Dios; y esto a buenos y malos, como lo expresa la parábola en san Mateo. El siervo es reiteradamente enviado hasta que se llene la casa del que nos envía.

Uno de los comensales dijo a Jesús: «¡Bienaventurado el que coma en el reino de Dios!». Jesús le contestó: «Un hombre daba un gran banquete y convidó a mucha gente; a la hora del banquete mandó a su criado a avisar a los convidados: “Venid, que ya está preparado”. Pero todos a una empezaron a excusarse. El primero le dijo: “He comprado un campo y necesito ir a verlo. Dispénsame, por favor”. Otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Dispénsame, por favor”. Otro dijo: “Me acabo de casar y, por ello, no puedo ir”. El criado volvió a contárselo a su señor. Entonces el dueño de casa, indignado, dijo a su criado: “Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad y tráete aquí a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos”. El criado dijo: “Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía queda sitio”. Entonces el señor dijo al criado: “Sal por los caminos y senderos, e insísteles hasta que entren y se llene mi casa. Y os digo que ninguno de aquellos convidados probará mi banquete”». (Lc 14, 15-24)

La Iglesia está llamada a salir a los caminos de la historia para convocar a todos al banquete del Reino. La urgencia de la misión no proviene tanto de los hombres cuanto de Dios que no quiere retrasar el banquete que él ha preparado. En este sentido la misión es un acto de obediencia y comunión con el amor del Padre revelado en Jesucristo y derramado en nuestros corazones por el Espíritu de la verdad. El pastor de los tiempos de la cristiandad se centraba en la atención a la comunidad. El pastor mesiánico nos recuerda que va a los diferentes rediles donde yacen las ovejas para llamarlas y ponerlas en camino hacia la libertad. Han pasado los tiempos de la cristiandad y es necesaria, como han insistido los Papas, una nueva evangelización.

Juan Pablo II y Benedicto XVI nos recordaron con palabras muy hermosas y significativas que la vocación del cristiano es eucarística. Cito para terminar sus palabras. Juan Pablo reclamaba de nosotros vivir el impulso escatológico de la Eucaristía en estos términos:

Anunciar la muerte del Señor « hasta que venga » (1 Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo « eucarística ». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: « ¡Ven, Señor Jesús! » (Ap 22, 20). (EDE 20)

Benedicto XVI expresaba la vocación del cristiano con una fórmula sencilla, pero que nos empeña a todos a despojarnos de nuestras vidas en el despojo que de sí mismo hizo el Buen Pastor, tal como se ha plasmado sacramentalmente en la Eucaristía.

Por consiguiente, nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse « pan partido » para los demás y, por tanto, a trabajar por un mundo más justo y fraterno. Pensando en la multiplicación de los panes y los peces, hemos de reconocer que Cristo sigue exhortando también hoy a sus discípulos a comprometerse en primera persona: « dadles vosotros de comer » (Mt 14,16). En verdad, la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, *pan partido para la vida del mundo*. (S C 88)

¡Seamos pan bueno para el mundo secular!